

Entretenidos hasta la muerte

Pedro Oller

8/21/2007

Hace más de diez años, el juicio de OJ Simpson (innecesario explicar) se desarrollaba mientras yo estudiaba en una Universidad de Carolina del Norte. Recuerdo que entre los compañeros extranjeros, y para ser justo también en gran medida de los estadounidenses, compartíamos el asombro por un país absorto con el tema y una obsesión de los medios por alimentar esa fascinación.

Como insumo, uno de mis profesores me recomendó el libro de Neil Postman "Amusing Ourselves to Death" (Entreteniéndonos hasta la muerte). La premisa del libro escrito en 1985, es muy sencilla: La profecía de Orwell en su libro "1984", de una opresión externa que gobernaría nuestras vidas, no resultó tan cierta como la de Huxley en su libro "Un Mundo Feliz". En este último, no había necesidad de un Gran Hermano para quitarle a la gente su autonomía, su madurez e historia. Las personas solitas llegarían a amar su opresión y a adorar las tecnologías que las incapacitan de pensar.

Eso fue hace diez años, pero tal parece que las cosas no han cambiado como argumenta Al Gore en su reciente libro "The Assault on Reason" (El Asalto a la Razón). Según él, se ha fomentado la creación de un foro de opinión pública en una dirección: los individuos recibimos pero no podemos enviar. Absorbemos pero no podemos compartir. Escuchamos pero no hablamos. Vemos movimiento constante pero no nos movemos. Y aquí, la mayor coincidencia entre ambos libros escritos en momentos diferentes: la ciudadanía bien informada está en peligro de convertirse en la ciudadanía bien entretenida.

No puedo dejar de sorprenderme por la facilidad con que se acepta como cierto lo que se ve, lo que se escucha, lo que se lee y, confieso, con la proclividad en que caigo en el mismo error. La percepción ha

reemplazado a la realidad y el proceso parece irreversible. Hay que concluir no solo que los ticos ya no estamos inmunes sino que estamos inmersos en el mismo fenómeno.

En temas tan cotidianos como el TLC, la desinformación fluye de un lado al otro sin problema. Ambos bandos recurren al miedo para atacar a la razón sin permitirnos el análisis crítico, la valoración objetiva de argumentos que ceden a las emociones. Como escribe Gore citando al filósofo irlandés Edmund Burke: "No hay pasión que pueda robar más efectivamente al cerebro de sus capacidades de actuar y razonar como el miedo".

Lo que es peor es que el asunto no se limita a lo político, sino que ha alcanzado también lo judicial. Al protagonismo mediático del jerarca del Ministerio Público y la connivencia de la Fiscalía con la prensa, ahora hay que sumar la notoriedad de los procesos penales y su trato sensacionalista.

Hizo bien el Tribunal de cierto juicio, en prohibir las tomas televisivas. Lo que es incomprensible es cómo, en detrimento de criterio objetivo, los periodistas han recurrido al abogado de una de las partes como relator de lo acontecido, sin considerar que su opinión está subjetiva e irremediabilmente condicionada. Cómo, uno de los imputados aparece con fondo negro brindando declaraciones desde su sitio de reclusión, mientras se desarrolla el debate. Cómo, en estas páginas con los primeros testimonios se concluyó y pasó sentencia. Y cómo, se les olvidó a los colegas las obligaciones que impone el Código de Ética del Colegio de Abogados. Pero estamos entretenidos y eso es lo importante